

»Estos, que de Felipe el Animoso
Siempre velando en propagar el celo,
A las letras su lustre venturoso
Restituyen á costa de su anhelo,
La pura voz, el plectro numeroso,
La frase digna, todo su desvelo
Inútil juzgan, si en tan alta idea
La feliz patria su atención no emplea.

»Oh Madrid, sabía madre de las ciencias!
Ya por Cortés ha puesto tu Liceo
A las musas del reino en competencias;
Ya el fuego celestial descender veo;
Ya las acordes métricas cadencias
Suenan gloriosamente en mi deseo:
Renazcan pues á influjos celestiales,
Renazcan sus Lucanos y Marciales.

»Y tú, jóven, que errante y discursivo
Los lauros de tu patria recorriste,
Y un modelo buscabas expresivo
De la region guerrera en que naciste,
Ya has visto bien aquel retrato vivo,
Ya su accion valerosa atento oíste,
Ya la grandeza adviertes de esta hazaña:
Este es Hernan Cortés; esta es España.»

Dijo América, y luego resonaron
De su séquito armónicos toores;
En una nube densa que formaron
Exhalados los húmedos vapores,
Los pavones de Juno arrebataron
De mi vista sus bellos resplandores.
Seguirlos quise, y ocultó su llama
La cumbre del nevado Guadarrama.

Como en la noche lóbrega y horrenda
Cuando Jove los polos estremece,
Si al caminante la perdida senda
A la luz del relámpago aparece,
Deslumbrado despues, en mas tremenda
Obscuridad su aliento desfallece,
Sin poder divisar los horizontes
Ni distinguir los valles de los montes;

Así el portento, que aun dudoso admiro,
Confuso me dejó, ciego y cobarde:
Vuelvo en mí con el susto, y me retiro
Al espirar los plazos de la tarde.

»Oh caudillo el mas grande que vió el giro
De ese planeta, que ilumina y arde!
¿Qué no pudiste ser, si tanto asombras
Hallado en raptos y explicado en sombras!

NOTAS.

- (1) Sayos de armas hechos de algodón para defenderse de las flechas.
(2) Emperadores de Méjico anteriores á Moteczuma.
(3) Así llaman los indios á sus danzas.
(4) Resina semejante al incienso.

(5) Vestidura de que hacen los indios el mismo uso que nosotros de la capa.

(6) Planta que se cria con mucha abundancia en Nueva-España. En Andalucía la llaman pita.

FIN DE LAS NAVES DE CORTÉS DESTRUIDAS, POR DON JOSÉ MARÍA VACA DE GUZMAN.

LA INOCENCIA PERDIDA,

CANTO HERÓICO

POR DON ALBERTO LISTA Y ARAGON.

Yo canto la funesta inobediencia
Del Padre de los hombres, que entregado
Dejó el mundo y su triste descendencia
A la implacable muerte y al pecado;
Desterrada la cándida inocencia
Diré tambien del suelo desdichado;
La cólera irritada del Eterno
Y el vengativo triunfo del Averno.

Espíritu divino, que al doliente
Profeta, contra el pueblo endurecido
Desastastes el labio balbuciente
En tu sagrado fuego enardecido;
Tú me inspira; no ya la impura fuente
Busco, ni el Helicon envilecido;
Que en mas sublime ardor el pecho siento
Inflamarse á la llama de tu aliento.

Y de él arrebatado á la alta cima
De la excelsa Sion, mi voz sonora
Revolará desde el helado clima
Hasta el ardiente reino de la aurora.
Ya el soberano espíritu me anima,
Mientras del cielo la piedad implora
El misero mortal, bañado en llanto,
A turbar las moradas del espanto.

Despues que del Querube audaz deshecha
La impia turba, cayó desde la altura,
Que á su orgullo soberbio vino estrecha,
Precipitado á la tiniebla oscura;
En su mansion, ya eterna cárcel hecha
De cuantos arrastró su desventura,
Afirma sus reñcores inmortales
Y establece el imperio de los males.

En el profundo seno de la tierra
Yace la aborrecida monarquía,
Cuyas oscuras avenidas cierra
Sobrepuesta á su faz montaña umbría;
De los confines lóbregos destierra
Palpable niebla el resplandor del día:
Solo de eternas nubes coronada
La cumbre brilla en rayos abrasada.

Por los oscuros cóncavos tendida,
Un mar de fuego el hondo abismo llena,
Que en olas se levanta embravecida
Contra el enorme peso que la enfrena;
Y del alzado risco despedida
En las cavernas hórrida resuena;
Baja á inundar el centro con su llama,
Y con nuevo furor otra vez brama.

Entre sus ondas el precito bando
Rabioso gime; y el feroz gemido
Repite, sus reñcores alentando,
La astucia vil y el odio fermentido;
Ejerce la soberbia el torpe mando
De orgullosos espíritus temido,
Y á un lado puesta la guadaña fuerte,
Ociosa yace la implacable muerte.

El rebelde Querub rige y domina
Con duro cetro el reino tenebroso,
Reino que contra el cielo determina
Con nuevo atrevimiento hacer glorioso;
Mas al ver oprimido en su ruina
El valor de su espíritu ambicioso,
Brama, y sufre los ásperos dolores
Devorado de inútiles furors.

Empero por la mano omnipotente
Hecho el hombre feliz entonces mira,
Y de la envidia atroz el fuego ardiente
En venenoso anhélito respira:
El furor nuevo que su pecho siente
Perturba las mansiones de la ira,
Y en sus senos se eleva en ronco aullido
Mas rabioso el sacrilego alarido.

Mas el infausto Rey, que empresa nueva
Contra el poder divino ya medita,
El cetro extiende en la tartárea cueva,
Y con terrible voz su pueblo agita;
El bando averno su clamor renueva,
Y al trono en derredor se precipita;
Luzbel acalla el hórrido lamento,
Y así les dice en espantoso acento:

«Ya, secuaces (y en torno se estremece
Con sordo estruendo la interior montaña),
Veis como Dios en su criatura ofrece
Nuevo y odioso objeto á nuestra saña;
No penseis que mi orgullo desfallece
Por ver frustrada la emprendida hazaña;
Venció el poder inmenso; mas fué mia
La gloria del valor y la osadía.

»Y cuando gime mi fiereza altiva
Vencida en la cadena rigorosa
Con que de Dios la mano vengativa
Oprimió mi soberbia generosa;
¿Ah! ¿sufiré que amado el hombre viva
Del tirano opresor en paz dichosa?
Vosotros, compañeros de mi furia,
¿Podréis mirar ociosos tal injuria?

»Un vil pedazo de lodoso cieno
Del aliento de Dios recibe vida
E inmortal ser, y de grandezas lleno
Señor de entrambos orbes se apellida;
Cuanto produce del fecundo seno
La tierra, cuanto dora la tendida
Luz del sol desde el uno al otro polo,
Fué destinado para el hombre solo.

»Mas ¡oh! gloria mas alta y duradera
Es la que causa mi mayor tormento:
El celeste esplendor que en la alma esfera
Para siempre perdió mi atrevimiento;
En premio el hombre conseguirlo espera
Dando á ley blanda fácil cumplimiento,
Y en dulce lazo á su Criador benigno
Se unirá á mi despecho el polvo indigno.

»Antes ¡oh! ningún medio á la venganza
Omitirá el furor que me devora:
Bien sé que contra Dios poder no alcanza
Quien ya sintió su diestra vencedora;
Mas puedo pervertir con mi asechanza
La libre voluntad, de si señora,
En que se goza el hombre; don gracioso!
Mas ¡oh rabia! á nosotros cuán dañoso!

»Serálo al hombre, si el engaño mio
Consigue en el abismo destinado
Al mal, precipitar el albedrio
Que para el bien y el mérito fué dado;
El don celeste á torpe desvario
Reduciré, de Dios así vengado;
Animo pues, ministros del Averno,
Las armas contra si nos da el Eterno.

»Una salud nos da nuestra ruina,
Y es no esperar salud, si ya vencido
El despiadado cielo me destina
A eterna rabia é inmortal gemido;
¿Qué temeré de la aversión divina?
Cuando con nuevas iras despedido
Vibre de su justicia el rayo fuerte
¿Podrá ser mas acerba nuestra suerte?

»Alto pues; tú, engañosa Astucia, vuela,
Vuela al jardín de Eden, y en su morada
A ser estrago de la dicha vela,
Que el hombre goza en paz afortunada;
Oculta entre sus flores la cautela,
Y en el tronco fatal pon la celada,
Haciendo que el precepto soberano
Deteste como ley de un Dios tirano.

»Y tú, Soberbia, el devorante fuego
Que encendiste en mi espíritu, prepara,
Dejando al hombre de sus llamas ciego,
Deslúcele al Criador la imagen cara;
Las oscuras moradas dejad luego,
Y á perturbar del cielo la luz clara
Audaces id, que en vuestro ministerio
Hoy la gloria aseguro de mi imperio.

Dijo, y con el agudo cetro hiriendo
De la montaña el concavo costado,
Con impulso veloz salen hendiendo
Los genios el resquicio ya formado;
Vuelve á cerrarse con horrible estruendo
El paso á los dos solo franqueado;
Ellos, al orden del Querube fieles,
Se encaminan de Eden á los vergeles.

»Ay! ¿Quién dará suspiros á mi pecho,
Quien á mis ojos llanto en abundancia
Para cantar en lágrimas deshecho,
¡Oh santa Eden, tu delicia estancia!
Mi voz á cuyo son ámbito estrecho
Fué el orbe, no ya en dulce consonancia,
Mas en gemido ronco, la memoria
Renovará de tu perdida gloria.

En todo el universo la natura
Con no alterado brillo relucía,
Y de graciosos dones la faz pura
De la felice tierra enriquecía;
El regalado fruto y mies madura
En sazón grata prodiga ofrecía,
Y el hombre hallaba en su fecundo gremio
A un plácido trabajo dulce premio.

El sol, monarca del brillante cielo,
De la luz clara padre refulgente,
Aun no giraba con torcido vuelo
Del Capricornio helado al Cáncer ardiente;
Ni el can entonces con fogoso anhelo
Lanzaba estivos rayos inclemente,
Que los céfiros blandos ahuyentasen,
Y las nacientes flores abrasasen.

Nunca á ilustrar el Escorpion lejano
Al contrapuesto polo se aureaba,
Ni á ocultar su esplendor en el mar cano
La encendida cuadrígon apresuraba;
El árbol del sabroso fruto ufano,
No el inclemente hielo recelaba,
Ni de los prados el verdor natio
Con torpes piés holló el invierno frío.

Mas por el medio cielo la carrera
Del astro luminoso señalada,
Brilló su luz en la extendida esfera
Hasta los firmes polos derramada;
De rosas siempre el alba placentera
Sembró del Aries rubio la morada,
Y siempre al sol dejando el mar sereno,
Nacer el orbe vió de un mismo seno.

Y así con igual ley el fuego interno
Que en raudó movimiento anima el mundo,
La baja tierra desde el giro eterno
Penetró y el Océano profundo;
El templado alimento en jugo tierno
Al fértil suelo dió su ardor fecundo,
Y el alma primavera por el viento
Siempre esparció su delicioso aliento.

Cuando la negra noche el manto oscuro
Tendia por los orbes silenciosa,
No aprisionado en su letargo duro
El triste mundo misero reposa;
Antes en sueño fácil y seguro
Gozó el viviente la quietud dichosa,
Mientras brillaba en plácidas centellas
El trémulo esplendor de las estrellas.

Nace despues la rutilante aurora
Trayendo el nuevo día en sus albores,
Y los puros aljófares que llora
Vierte en el seno á las dormidas flores;
Despierta el ave y con su voz canora
Saluda los primeros esplendores,
Y todo el universo en mudo canto
Entona á su Criador el himno santo.

Así grato placer no interrumpido
Gozó la tierra, el Hacedor glorioso
Las obras de su mano complacido
Mira y las da su auxilio poderoso;
Mas de cuantos vergeles ha esparcido
Del orbe en el recinto delicioso,
Para figura de su gloria quiso
Formar de Eden el bello paraiso.

Resurto en él la capelosa fuente
Que sumida otra vez en honda cueva,
A todas las regiones su corriente,
El dulce riego y la abundancia lleva;
En él tambien sus ramos eminente
El árbol santo de la vida eleva,
Y al cuerpo que cansado desfallece
Recobrado vigor su fruto ofrece.

El hombre, mientras llega el esperado
Trono á ocupar en el empíreo cielo,
Fué por la mano inmensa destinado
Para labrar su floreciente suelo;
En él mira obediente á su mandado
Cuanto circunda el estrellado velo,
Del mundo el homenaje en él recibe,
Y á la natura leyes le prescribe.

El soberbio leon, que la montaña
Estremeció con su rugido fiero,
Viene á sus piés, depuesta ya la saña,
Humilde en pos del candido cordero;
Deja á su voz el tigre la campaña,
Y enfrena el ave su volar ligero,
Y el monarca del pelágo á su mando
Los vados espumosos va cortando.

Bajo sus piés, de tierna y fresca rosa
Súbite matizado el sueño mira,
Y del aura que fíba vagarosa
Sus hojas, el olor grato respira;
Inclina el árbol la cerviz frondosa,
Que sacudida al aire en torno gira,
Para que tronque de su fruto opimo
El mas pintado ó mas fértil racimo.

Mas sobre los demás su copa umbria,
Rey de todo el vergel, eleva ufano
El tronco cuya fruta defendía
Suprema ley gustar al labio humano;
Humilde el hombre así reconocía
De su Dios el imperio soberano,
A este precio señor de cuanto encierra
El alto cielo y la profunda tierra.

De lirio virginal la sien ceñida
Y alba azucena la inocencia pura,
De la region dihosa despendida
Muestra al hombre su angélica hermosura;
En celestiales lazos á él unida
La feliz tierra dominó segura;
Su amable mando con sagrado acento
Canta el coro del alto firmamento.

Con ella descendió su dulce hermana,
La dulce Paz, y al orbe amaneciendo,
Brilló entre hermosas nubes de oro y grana
Blanda quietud su oliva prometiendo;
¡Ah! no temido de la trompa insana
Entonces era el pavoroso estruendo,
Ni que fueran los campos florecidos
De humana sangre alguna vez teñidos.

Glorias tantas la tierra ya gozando,
Otra nueva, gran Dios, añadir quisiera,
En nueva imagen tuya al hombre dando
Una fuente ignorada de placeres;
Infundiendo en sus miembros sueño blando,
Su pecho con benigna mano bieres,
El duro hueso animas, y de él labra
La mujer bella tu eternal palabra.

Cual la lumbrosa fuente coronada
De oro radiante y pura argenteria
Rompe el mar de la aurora sonrosada
El claro sol iluminando el día;
Ante su rostro el aura regalada
Los bulliciosos céfiros envía,
Que en juegos mil girando mansamente
Vuelan por las campiñas del Oriente.

Así ve amanecer naturaleza
A la que de sus ambitos señora
De majestad ornada y de belleza
Con mas templada luz los orbes dora;
En torno con graciosa ligereza
Vaga el gozo y la risa encantadora,
Y amor, el santo amor al lado brilla
Del placer puro y la virtud sencilla.

El hombre al verla dulce fuego siente
Dilatarse en su seno, y la sincera
Gratitud rinde al Sér omnipotente,
Y su esposa la llama y compañera;
Por ella la alma tierra floreciente
Cubierta de sus hijos ver espera,
Y feliz sucesion que al cielo amiga,
Eternamente al Hacedor bendiga.

De Eden vagaba por la estancia amena
La madre de los hombres, cuando el prado
Desde el alto cenit con luz serena
Esmaltaba risueno el sol templado;
Entre las hojas plácido resueña
El soplo del favonio regalado,
Los vástagos agita de las flores
Y teje hermosas ondas de colores.

El dulce canto y el volar cansadas
Dejan las avecillas bulliciosas,
Y poblando las densas enramadas
A los nidós se acogen silenciosas;
En derredor sus ondas argentadas
Lleva entre orillas de jazmin y rosas
Sesgo el arroyo con susurro manso,
Que el dulce sueño inspira y el descanso.

Por sus márgenes Eva divertida,
Mientras en ver gozosa se complace
Ya el pajarillo que en la rama anida,
Ya el corderuelo que á la sombra pace,
O bien la tenaz hiedra al olmo unida
Como en frondosas vueltas á él se enlaza,
Al sitio llega con dudosa planta
Do el fatal tronco al cielo se levanta.

La engañadora Astucia en tanto anima
Serpiente infiel, y sacudiendo enhiesta
La manchada cerviz, andaz sublima
Su cuerpo en giros mil por la floresta;
Del árbol se dirige á la alta cima,
Y en torno el aire con su aliento infesta,
Cual por el horizonte negra nube,
Cubriendo el cielo de nieblas sube.

El tronco todo hasta la copa umbrosa
Cíne plegada en una y otra espira,
Y ofrece entre las ramas cautelosa
La faz, que el padre alienta de la ira;
Contra Eva, que suspensa y silenciosa
El no tocado fruto ve y admira,
Mueve falaz el labio fraudulento,
Y así le dice en halagüeño acento:

«¡Oh tú, que altiva en tu bellad lozana
Pisas estas moradas de ventura,
Y reina de los orbes soberana
Ves rendida á tu mando la natura;
Si con esa tu gloria y fausto vana
Juzgas tocar á la mayor altura,
¡Ay cuánto tu error es! Tan falsos bienes
A cuán indigno precio los sostienes!

»¿Qué vale que por tí la ardiente lumbre
Del claro astro del día se desprenda,
O que la noche inmensa muchedumbre
De eternos soles en la esfera encienda,
Cuando veloz por la celeste cumbre
Signe de luces la esmaltada senda,
Si tú, señora de tan alto imperio,
Yaces sujeta á torpe cautiverio?

»Este tronco que observas misterioso
Tu oprobio lleva en su abundante fruto,
Y de tu mando exento y orgulloso
Solo te niega el general tributo
Que ofrecen los demás; precepto odioso,
Con que la envidia de un tirano astuto
Impedir quiso que atrevido el hombre
Emulase tal vez su gloria y nombre.

»Oye empero la ley que del destino
Al árbol prodigioso se fué dada:
Yo del jardín de Eden guardian divino,
Que fiel presido á su cerviz sagrada,
Te descubro del fruto peregrino
La secreta virtud, de tí ignorada;
En mi voz habla el cielo soberano:
Oye y penetra el tenebroso arcano.

»Quien sus pomos con noble atrevimiento
Pruebe, la ley injusta despreciando,
A par de Dios será, y en alto asiento
Con él dividirá del orbe el mando;
Ensalará su nombre el firmamento
En angélicos himnos resonando,
Y tendrá cual los séres inmortales
La ciencia de los bienes y los males.

»Temible al mismo Dios, será su suerte
Soberana y excelsa independencia,
Y en el empíreo poderosa y fuerte
Dominará inmortal su descendencia;
Ve ya la desventura, ve la muerte
Que castigo será á la inobediencia,
Y rompe el negro velo del engaño
Con que en tu mismo bien temes tu daño.

»Goza, goza la gloria que destina
Al hombre venturoso el alto cielo;
El alma que te adorna, luz divina,
Aunque cenida del corpóreo velo,
De otro imperio es capaz que el que termina
En cerco limitado el bajo suelo;
Sube pues á la cumbre sacrosanta
Y el orbe huella con gloriosa planta.

Dijo la Astucia infiel: al torpe encanto
De la engañosa voz fácil oído
Eva da incauta; la Soberbia en tanto,
El sacrilego fuego ya emprendido,
El fuego que arrojó querube tanto
Al centro oscuro de inmortal gemido,
Invisible alimenta, y á su seno
Con él arroja su infernal veneno.

La primer madre por sus venas siente
Crecer no resistida la impia llama,
Y la ambicion del mando omnipotente
Y el esplendor de eterna luz la inflama;
Del devorante ardor ciega la mente
La mano tiende á la funesta rama;
Tres veces en troncar su fruto insiste,
Y tres la poma indócil le resiste.

¡Oh! dicta tú á mi acento lastimado
El triunfo del delito y la mentira,
Tú, que el empero, serafín sagrado,
Viste temblar á la divina ira;
Alenta el débil pecho lastimado
Y pulsa tú la destemplada lira;
Yo en tanto manchare de lloro ardiente
Entre ceniza vil la faz doliente.

Ya, ya en su mano la infelice Eva
La bella poma ostenta victoriosa;
Ya de su arcano á la funesta prueba
Se prepara atrevida y orgullosa;
¡Ay! que al hambriento labio ciega lleva
El delito y el mal. Gimes llorosa,
¡Oh candida Inocencia! Mas oído
En vano fué tu llanto y tu gemido.

¡Ay! que no solo la maldad impía
Ya en sus entrañas misera alimenta,
Mas cómplice infeliz á su osadía
Contra la impuesta ley buscar intenta;
¡Ay! que ya á Adán, de pálida alegría
Bañado el rostro, el fruto le presenta:
Triunfa el averno por su voz; ¡Ay triste!
Probóte el hombre, y tú, Maldad, naciste.

Naciste, y del averno desquiciada
La eternal puerta, el bando fementido
A Luzbel la victoria malhadada
Aplaudes con horrisono alarido;
El suelo entonces dejas tú, bañada,
Alma Inocencia, en llanto dolorido,
Y á las moradas vuelas celestiales
Negada ya á los miseros mortales.

La Paz su vuelo rápida siguiendo
A la region nativa se destierra,
Y la lanza fatal feroz blandiendo
Al mundo nace la implacable guerra.
El orbe gime; con horrible estruendo
Mueve sus hondos concavos la tierra,
Y siente el usurpado señorío
Que el rey ejerce ya del lago impio.

Reina del siglo, la Maldad levanta
De la patria del mal la frente altiva,
Coronada de horror; siguen su planta
De los males la hueste vengativa;
El vil placer que la razon encanta,
El impio furor, la envidia esquivada,
Y ya señora de la humana suerte,
Ante su rostro va la cruda muerte.

De enantos el delito abominable
Dejando el negro averno, se acompaña,
El mas temido monstruo; ya implacable
Blandida eruge la feroz guadaña;
Amenazando el golpe formidable,
Brama impaciente en homicida saña;
Y á que el cielo destine solo espera
A su furor la victima primera.

¡Miserio Adán! Y; dó á la inmensa ira
Te ocultarás seguro? Si ciñeses
Las raudas alas con que el rayo gira,
Y entre grupadas nubes te escondieses,
O de la aurora á la abrasada pira,
O al destemplado mar del polo huyeses,
Do quier Jehová domina; su venganza
Sobre los vientos poderosa alcanza.

¡Triste! en nieblas de muerte y sombra oscura
Y confusion y horror sumido yace;
Su cuello oprime pesadumbre dura,
Y un helado sudor su alma deshace:
En tanto del Averno nube impura
De tenebroso fuego y humo nace:
Fallece el día; en medio la alta esfera
Pálido el sol oculta su lumbrera.

Entre el negro vapor y oscura llama
Luzbel triunfante su potencia ostenta
Al sometido mundo; en torno brama
Del abismo la hueste turbulenta:
«Vencimos, con horrendo acento clama
El feroce Querub: la ira sedienta
Si en el Inmenso ¡oh rabia! no podemos,
En victimas sin fin ya cebarémos.

»Triunfamos contra Dios: la imágen bella
Que en brillo celestial lumbró el Eterno,
Es ya apagada y pálida centella
Que entre sus ondas sumirá el averno;
Triunfad, secuaces: á mi ardiente huella
Trono es el mundo do inmortal gobierno.
No hay Dios, tierra infeliz; el pueblo humano
Es bajo el cetro de mi angusta mano.»

Luzbel hablaba; súbito resuena
Rasgado el cielo en horrído estallido;
Tembló el eje inmortal; el polo truena
Y el ancho mundo gime sacudido;
Roja luz el inmenso espacio llena
En voladores rayos encendido;
Bañado en fuego el aire resplandece,
Y el trono del Altísimo aparece.

Brilla el rayo en su diestra poderosa;
La llama del furor vorace vuela
Ante su angusta frente; temerosa
A sus iras el ángel la faz vela.
Su rostro es cual hoguera que ardorosa
A par del valle el alto monte asuela;
Ángeles mil y mil al solio alzado
Acuden; mil y mil cercan el lado.

El Inmenso va á hablar; del firme asiento
Los collados eternos se encorvaron,
Y plegadas las alas en el viento,
El fiero Noto y Aquilon callaron.
Luzbel esquivo el divinal acento,
Mas opresores hierros lo ligaron.
Habla el justo Jehová; la voz potente
Oye, y tiembla de horror culpada gente.

«Y ¿dó están? dice: ¿La caterva impia
Burlará mi poder, ó á mi ira armada
Se librará? ¿Dó están? ¿La tiranía
Alzará contra mi su frente osada?
En cielo y tierra la potencia es mia;
Yo el Señor de las huestes; hacinada
Está, cual heno vil la grey traidora,
Y el ardor de mi aliento los devora.»

»Culpado Adán, la ya abatida frente
Cubre entre el polvo vil de do naciste;
Yo te cení corona refulgente
Sobre cuanto de lumbreres el sol viste;
Tú del averno la enemiga gente,
Hollando mi alma ley, necio seguiste;
Tu suerte sea el Averno; tiembla, ingrato;
Es inmutable mi eternal mandato.

»Vengad, criaturas, mi ultrajado nombre;
Tú, sol, que de la esfera diamantina
Vital calor y blando diste al hombre,
En destemplado ardor ora fulmina.
No la rosa gentil el suelo alfombra,
Mas el punzante cardo y ruda espina;
Brutos, feroces ya, no ya obedientes,
En él cebad los aguzados dientes.

»Con duro afán el infecundo seno
Rasgue á la tierra; el fruto suspirado
Solo produzca el arido terreno,
De llanto triste y de sudor regado.
Verde campo, tal vez de espigas lleno,
Verá talarlo en flor el Noto airado,
Y cuando brote escasa mies y yerta,
Lágrimas de dolor sobre ella vierta.

»Prole de perdición, hijos de muerte
El suelo cubrirán; cuando horrorosa
Baje la noche, gemirán su suerte,
Y del primero ser la noche odiosa.
Cuando del duro sueño los despierte
Con su temprano rayo el alba hermosa,
Maldecirán la luz aborrecida
En que á la luz nacieron de la vida.

»Cierra, Empero, tus puertas; las moradas
De lumbrere inmensa y resplandor augusto,
De diamantino muro circundadas,
Mi reino negará al pueblo injusto.
De muerte moriréis, gentes culpadas:
Así castiga el crimen Jehová el justo.
Vuestra mansion en siglos eternas
Será el oscuro imperio de los males.

»El príncipe de paz, el fuerte, el santo
¡Oh tierra! á ti vendrá; no enfurecido
Rayo precederá, no armado espanto,
Ni del polo el horrisono bramido;
Tú, Inocencia, y tú, Paz, en dulce canto
Al triste mundo anunciaréis mi Ungido.
Volad, tiempos; ven, día fortunado,
Y el reino de maldad será arruinado.

»El Testamento augusto que, á tu ruego,
Pérfido pueblo, di, cómo olvidaste,
Cuando en ardor de fulminante fuego
Mi voz velada en truenos escuchaste?
Tú, no mi pueblo ya, mas pueblo ciego,
Tú no verás la lumbrere que esperaste;
Tú mancharás las manos inclementes
En la sangre del Rey que di á las gentes.

»Morirá, si; mas del dolor interno
Su seno rasgará la tierra fria;
Los orbes, desquiciado el polo eterno,
Revolverán por ignorada via;
El astro de la luz, cual jóven tierno
Muerto en florida edad, en medio el día
Pálido yacerá; y horror profundo
Envolverá en tiniebla el ancho mundo.

»Mi Santo empero en el sepulcro umbrío
Verá la corrupcion? ¿Yacerá el Fuerte?
Cual vence el sol las ondas del mar frio,
Vencerá los horrores de la muerte.
Tú, monstruo, lo verás del trono impio
Su poderoso acento conmoverte;
Y el abismo rompiendo fulminante,
La prole de Sion librar triunfante.

»Mas nueva grey en el terreno asiento,
Del amor profeta, que en los dos inspira,
Dejará que inflamada por su aliento
Mi nombre lleve por do Febo gira;
Y hasta que en su perenne movimiento
Vuelva el tiempo los dias de la ira,
Cuando estalle la esfera en recio trueno,
Padre amoroso asistiré en su seno.

»Santa generacion, la gloria mia
Tú al orbe mostrarás; en cuanto encierra
Del claro Marsaroth á la Osa fria
Juzgarás las naciones de la tierra.
Paz y salud á ti; gemirá impla
En la avernal prision la cruda guerra;
Y á par será del solio do yo impero
El no manchado solio del Cordero.

»Los siglos volarán; rota la esfera,
Al abismo caerá precipitada;
Frenará el astro la inmortal carrera;
La fuente de la lumbrere sepultada
Yacerá en nieblas; la creacion entera
Volverá al seno de la antigua nada;
Mas la eternal palabra de mi mente
Será en siglos de siglos permanente.»

Habló Jehová; renueva el coro alado
El himno sacrosanto de alabanza;
Da el bando impio grito despiadado,
Y al reino adusto del horror se lanza.
Adán, aunque el temor mas consolado
Con la serena luz de la esperanza,
Del dolor oprímido que le aqueja,
Lloroso, dulce Eden, de ti se aleja.